

Ultimos momentos de la vida, por DON JUAN MIQUEL.

Cuando el médico, para combatir la enfermedad, ha agotado en vano todos los medios de que el arte dispone i se ve obligado por los preceptos de la medicina paliativa i por las inspiraciones de su propia benevolencia a mitigar en el enfermo las penosas impresiones del dolor sobre la sensibilidad, llega el fatal momento en que se manifiestan los signos de una próxima disolucion del organismo, i en la que el hombre debe pagar a la naturaleza el tributo jeneral de que ninguno se exime. En este momento solemne, en este combate supremo, en esta postrera lucha de la vida ¿ha concluido la mision del médico o le restan todavía deberes que llenar? Tal es la delicada cuestion de que vamos a ocuparnos.

La costumbre, ciertas preocupaciones i sobre todo la ignorancia, han sancionado entre nosotros que en dicho último i penoso trance, el médico se retire i deje al enfermo entregado a sus inmediatos parientes o bien, en manos de personas mercenarias, por carecer los deudos del valor i presencia de espíritu que exige tan terrible esfuerzo, o finalmente, se les abandona al cuidado de un sacerdote prudente i entendiéndolo a veces, i lo más comun en poder de hombres a quienes les falta la instruccion i el tacto necesario para saber de qué modo se han de conducir en momentos tan interesantes para el moribundo: Para ilustrar a estos i que la sociedad conozca sus deberes, vamos a poner bajo su conocimiento lo que los autores mas esclarecidos han escrito sobre la materia, sirviéndonos al mismo tiempo de los dictámenes de hombres relijiosos, filántropos i de mi propia esperiencia en cuarenta años de práctica.

Si hai enfermedades que por las graves lecciones que desarrollan en ciertos aparatos, cortan inmediatamente toda relacion con el mundo exterior, las hai en mayor número aun, en las que conservando la intelijencia la integridad de sus funciones, deja lugar a que el hombre, víctima de la afeccion que ha de hacerle sucumbir, piense, conozca i sienta hasta el instante postrero de la vida. Cuando un enfermo se encuentra en esta última circunstancia, por grave que sea su estado, por inevitable, por próxima que se halle la muerte, el médico no debe abandonarle. Habria en este abandono una crueldad que afectaria el alma del desgraciado, en el que se apagaría así la última esperanza. En los últimos esfuerzos que hace el moribundo por retener un bien que ve escarpársele, torna hácia el médico sus ojos medio apagados i le interroga todavía con su mirada. ¿Cómo el médico que aliente en su corazon alguna sentimiento de humanidad, podrá abandonar al desgraciado que deposita en él su última esperanza i para quien es acaso el último recuerdo?

Es cierto que al médico cuya asistencia pueden reclamar igualmente todos los hombres que padecen, no le es posible permanecer horas enteras cerca del infeliz a quien no le restan sino muy pocos momentos de existencia; pero lo que puede hacer siempre, es tratarle como privilegiado por el infortunio, usar para con él afectuosas deferencias, verle a distintas horas del día i mostrarle cariño anticipando la hora en que tenia costumbre de visitarlo antes que el término fatal pueda ser previsto.

La lucha que casi inevitablemente acompaña el tránsito de la vida a la muerte, no es solo un esfuerzo del organismo contra la causa que lo amenaza con una próxima disolucion, es al mismo tiempo un estado moral lleno de ansiedad, cuya fisonomía lleva por lo comun un sello indeleble en aquellos casos en que la gravedad de las lesiones hace problemática la persistencia del conocimiento; así, en medio de los accidentes que revelan el último término de la vida, figurémonos que existe todavía i no abandonemos jamas al moribundo. Nuestra presencia puede contribuir a templar el dolor de la fatal crisis en que va a extinguirse la luz de la existencia, porque es la prueba de un verdadero interés, es la garantía de la sinceridad de un sacrificio, del que hubiera podido dudarse en el hecho solo de abandonar al paciente.

Algunos médicos han pretendido que la muerte va acompañada de una especie de sensacion de felicidad. "Parece muy verosímil, dice Barthez, que en los momentos que preceden a la muerte (cuando no es repentina) goce en jeneral, el hombre cierto placer en morir": funda esta opinion en que se experimenta un bienestar dulce, indefinible cuando se aproxima el sueño, al que nos entregamos por grados o cuando nos sorprende un desmayo. Cabanis participa de la misma opinion. Segun la nuestra este es un error que debe combatirse con tanto mas ahinco, cuanto que tiende a debilitar el sentimiento de compasion que infunde en nosotros el aspecto de la muerte, i que ha servido de pretexto, i aun en él se apoyan varios profesores entre nosotros, para clamar contra los socorros que presta nuestra religion al hombre en sus últimos momentos.

La duracion de la agonía es muy diferente segun las enfermedades en que se observa; en unas, dura muy poco tiempo, en otras se prolonga mas de un dia. En el período último de la enfermedad, en que la inteligencia carece de los medios ordinarios de manifestacion, no es posible llegar a comprender las sensaciones que el hombre experimenta, sino analizando los ruidos inarticulados que deja escapar, los movimientos parciales a que puede entregarse i sobre todo los diversos cambios de fisonomía que son hasta el fin, el espejo fiel de las impresiones de la sensibilidad. Cuando se oyen con atencion los diferentes sonidos que salen de la boca de los agonizantes, es imposible atribuir esclusivamente ni al desfallecimiento progresivo de las fuerzas respiratorias, ni a los accidentes de la causa fisica que produce el exterior de la agonía, las modificaciones que con frecuencia se presentan. Estos sonidos son de tiempo en tiempo lastimeros: la larinje, debilitada como los demas organos, no presta su ayuda sino de una manera imperfecta, a una sensibilidad, a una voluntad desfallecida tambien; pero se comprende que estos movimientos no son puramente automatico, son en parte la expresion del sentimiento i de la voluntad. Estudiada hasta que queda inmóvil, la figura del hombre que muere por el progreso de una enfermedad lenta. Hai alguno de sus movimientos reprimidos, de sus contracciones que descomponen tan profundamente la fisonomía, que no sea la expresion de un dolor?

Si pues hasta estos últimos momentos el hombre sufre, la agonía es la última lucha, no el último placer. Convencido el médico de esta triste verdad, coadyuvará hasta el fin con todas sus fuerzas a hacer mas fácil al paciente el tránsito penoso de la vida a la muerte, ya que no lo ha podido salvar.

Entre tanto, ¿de qué medio podrá valerse para llenar este deber que la humanidad le impone? Para tal objeto ¿qué recursos encontrará en los conocimientos que sus es-

tudios especiales sobre los padecimientos físicos del hombre le han hecho adquirir? Esto es lo que muy ligeramente vamos a examinar.

Mitigar la amargura de los últimos momentos del hombre se considera como el complemento de la ciencia que tiene por objeto inmediato combatir la enfermedad i prolongar en lo posible los límites de la existencia humana. Los deberes especiales que el médico ha de llenar ante el hombre, a quien los progresos incesantes de la enfermedad amenazan con una muerte próxima, empiezan desde el momento en que se manifiestan de una manera inequívoca las señales de una terminación fatal.

Hai enfermedades que en los últimos momentos de la vida son un verdadero tormento. El dolor arranca a los desgraciados a quienes hace sentir sus mas crueles agujones, gritos que conmueven el corazón mas insensible; los medios de que el arte dispone para minorar el padecimiento han sido agotados; solo la muerte puede poner término a esta escena desgarradora: al médico sin cometer un crimen, no le es lícito abreviarla. En vano el paciente le pedirá la muerte con mas instancias todavía que otras veces le demandaba la vida: debe resistirse a esta súplica. El hombre no es dueño de su vida i no puede dar al médico un derecho de que él mismo carece. La misión del médico es conservar la vida, i ellos no deberán jamás convertir su ciencia en un instrumento homicida.

Pero afortunadamente la medicina, en esta última lucha de la vida contra el peligro que la amenaza, no está siempre completamente desarmada, i cuando la gravedad de las lesiones, i la herida profunda dada al principio animador del organismo, no permiten renudar los rotos lazos de la unidad viviente, puede todavía mitigar los padecimientos i embotar el agujon de la muerte.

Para no citar sino uno de los medios a los que puede recurrir el arte; en muchos casos, con la mira de endulzar las postreras congojas de la enfermedad moral es el médico que no ha tenido ocasión de admirar la eficacia del opio para tan importante indicación. Esta maravillosa sustancia, cuyas justas aplicaciones bastarian para demostrar la realidad de la ciencia, no limita su acción a la fibra viviente con que se pone en contacto; su virtud bienhechora se extiende por el sistema entero del organismo, sigue en su misterioso trayecto las últimas fibras nerviosas, llega hasta el alma que reanima, cuyas facultades exalta, i cuya tristeza serena.

Estudiando Hufeland desde el punto de vista que nosotros, la influencia de este medicamento heroico sobre el hombre que sufre, hace de él una apreciación demasiado justa para que pudieramos dispensarnos de citarla. "¡Cuantos enfermos, dice, han sido arrancados por este remedio de la desesperación! Porque uno de sus mas notables efectos no es disminuir los dolores físicos, sino dar al alma energía, exaltarla i procurarle la calma. Uno de sus mas preciosos resultados consiste en hacer dulce la muerte, que es un deber sagrado para el médico, i su mas bello triunfo, cuando no le es posible prolongar la vida. No solo quita el opio los dolores de la muerte, sino que inspira valor para entregarse a ella: aun contribuye físicamente a que renazca la disposición que pone al alma en aptitud de elevarse a las regiones celestes."

Con todo, es necesario que hagamos inmediatamente una importante observación. El primero i mas esencial de los deberes del médico en presencia del hombre que padece i cuyo fin se aproxima es, que disponga todos sus asuntos temporales i espirituales con oportunidad, sin dar lugar a que estas importantes diligencias sean postergadas para verificarse en aquellos angustiados momentos en los que el alma i el cuerpo carecen de la integridad i energía que son tan indispensables en tan funesto trance.

Diferentes autores, preocupados con los deberes morales que el médico tiene que llenar, preguntan si en los casos en que la muerte es inevitable, corresponde a este convertir a los enfermos el peligro en que se encuentran. Aunque durante mucho tiempo

asi se le haya prescrito en nombre de la religion, como deber sagrado, creemos sin embargo que en lo jeneral no es a él a quien corresponde el desempeño de esta obligacion. Su benéfico ministerio le prohíbe toda palabra, toda manifestacion que pueda causar alguna turbacion en el ánimo del desgraciado enfermo. El principal objeto de la ciencia es la conservacion de la vida, i cuando no puede realizar esto debe hacer todos los esfuerzos posibles para modificar la crisis postrimera que va a hacerle sucumbir. Cuando una persona estraña a la profesion anuncia a un enfermo el peligro próximo que le amenaza, puede inspirarle la esperanza, procurando de este modo templar la triste revelacion que tiene el valor de hacerle; pero las mismas palabras en la boca del médico son un golpe eléctrico que puede apagar instantáneamente la vida.

A esto sobre-poco mas o ménos están reducidos los medios con que puede concurrir el médico a hacer ménos amargos los últimos momentos del hombre para quien ha sonado la hora fatal. ¿Pero este habrá de contar solo con tan pobre recurso para arrostrar con valor la última lucha? Seguramente que no: hai una realidad en el mundo, que corresponde a las necesidades del alma humana, la purifica, la exalta i la guía: esta es la religion: el cristianismo. Si es un deber del médico, cuando no le es posible salvar la vida, hacer todo lo que esté en su mano para endulzar los últimos momentos del hombre, ¿cómo le seria permitido interponerse entre el moribundo i el sacerdote? ¡Ah! cuidad que se aproxime el confesor a esta alma que le llama. Dios de quien es ministro, pone en su boca palabras inefables, que adormecen dulcemente al hombre en su agonía, le descubren la perspectiva de otra vida eterna, i le disponen para su union íntima con el Criador. El hombre muere desconsolado, cuando por desgracia le toca situarse a su cabecera una de esas almas indolentes, faltas de filantropía i de sensacion que no se cuidan lo bastante en que las últimas miradas del agonizante se fijen en la cruz de su Redentor.

¡Ah! "dice un ilustre contemporáneo" ¿Qué hace la muerte con nuestra alma? ¿qué naturaleza le deja? ¿qué toma de ella o que le dá? ¿Dónde la coloca? ¿Le presta alguna vez ojos de carne para mirar a la tierra i llorar?... ¡Ah! Un sacerdote, un sacerdote que sepa esto es lo que se necesita.... Yo quiero un sacerdote i un crucifijo que besar... Que me estreche en sus brazos, i el lloraré i ambos lloraremos: será elocuente i me consolará, i mi corazon se desahogará en el suyo, i el se apoderará de mi alma i yo me apoderaré de su Dios....